

Capítulo XLVII.

Donde despues de asistir el lector á muchas peripecias, halla á un antiguo personaje.

Nazatcotlan quiso dar una gran idea de su poderío á los españoles, y se presentó á su vista rodeado de todos sus consejeros y de multitud de indios armados.

Los prisioneros quisieron á su vez mostrarse altivos ante el cacique, y el oficial que estaba entre ellos, don Luis de Figueroa, encargó á Barbadillo que se mostrase enérgico y protestase contra el acto que habian cometido los de Panuco.

—¿Qué puede suceder, —le dijo, —que nos sacrifiquen? Antes es posible que acudan en auxilio nuestro, y si esto no sucede, al menos moriremos con honra y dando una alta idea de nuestro valor á esta gente.

El bueno de Barbadillo se habia visto ya muchas veces en situaciones críticas, y tenia una gran serenidad.

Solo entre los soldados españoles llamaba la atencion por su abatimiento el más jóven, el barbilampión, al cual sus camarada animaban, diciéndole:

—¿Por qué has querido venir? Los niños no se mezclan nunca con los hombres. Si no te muestras fuerte, nosotros seremos los primeros en castigarte.

El jóven sacaba fuerzas de flaqueza; pero no podia ocultar su emocion.

Nazatcotlan se alegró en extremo al saber que uno de los prisioneros conocia su idioma, y por lo tanto, pudiendo entenderse con él:

—¿Cuál de vosotros, —dijo, —es el que sabe nuestra lengua?

—Yo, —contestó Barbadillo, adelantándose con desenfado.

—Pues tú vas á decirme inmediatamente por qué razon os habeis atrevido á pisar nuestro territorio, cuál es el objeto de vuestro viaje aquí, quién manda esos navios, de dónde venís, y qué planes son los que hasta aquí os traen.

—Muchas preguntas son esas, —dijo Lope; —pero tengo buena memoria, y no las olvidaré. Dispuesto estoy á responder á todas.

—Habla

—Hemos pisado vuestro territorio, porque así nos lo ha mandado nuestro jefe y por que en todos los países, hasta en los de los caribes, los caciques ó reyes

que no son cobardes, no tienen inconveniente en recibir á las personas que con el símbolo de la paz se acercan á saludarles, y acaso á ofrecerles sus servicios.

El objeto de nuestro viaje fué saludaros en nombre de nuestro jefe, y pedirós algunas noticias que le importaba saber.

Nuestro jefe es el ilustre capitán don Francisco Garay.

Venimos desde Santo Domingo, donde ya sabéis mandan los españoles, y nuestros planes no son otros que los de buscar á un capitán compatriota nuestro, que debe estar en Méjico, y que se llama Hernan Cortés.

—Has contestado á mis preguntas sin satisfacer mi curiosidad,—dijo Nazatcotlan,— y para que veas que yo conozco vuestros designios, voy á revelártelos.

—Gran placer me dareis,—dijo Barbadillo,— porque en ese caso podré decir á mis compañeros que hemos llegado á una tierra de adivinos.

—No te equivocas. Vosotros habeis venido aquí á apoderaros de Panuco, como Hernan Cortés se ha apoderado de Méjico.

Contábais con el apoyo de uno de sus capitanes, que ha permanecido aquí algun tiempo esperándole, y que para no suscitar sospechas se ha alejado, aunque quizás no mucho.

No conozco á vuestro jefe ni quiero conocerle; pero no tardará en saber que sus esperanzas no pueden realizarse.

El cacique de Panuco no es tan débil como los de Zocotlan y Zempoala.

No tiene remordimientos que le confundan como el emperador de Méjico, y cuenta con fuerzas suficientes para aniquilar á todos los españoles, que poniendo el pié en su territorio, tratasen de arrebatarle su independencia.

En cuanto á vosotros, vais á ser inmediatamente juzgados por mi consejo.

Mi voluntad es que todos seais sacrificados en aras de los dioses para escarmiento de vuestros compañeros.

Don Lope Barbadillo comunicó aquella triste nueva á sus compañeros, y Nazatcotlan, que los observaba, no pudo ménos de admirarse al ver la actitud enérgica que tomaron los españoles al saber su sentencia.

Mandó que los retiraran, y quedándose á solas con sus consejeros, deliberó con ellos acerca del castigo que debería imponérseles.

—Aunque estoy resuelto á que todos perezcan,—dijo,—desearia salvar á dos de ellos.

—Designadlos,—exclamó uno de los ministros.

—¿No habeis visto entre esos ocho hombres uno jóven, casi un niño, de rostro melancólico, que parecia asustado en mi presencia, que no se atrevia á fijar sus ojos en mí? Pues á ese quiero salvarle.

—Digno es de un generoso corazón ese acuerdo. ¿Y quién es el otro?

—El otro es el intérprete de los españoles, y conviene perdonarle para despertar en su alma hácia nosotros la gratitud. Puede sernos muy útil para descubrir los planes de los extranjeros.

Gracias á las intenciones manifestadas por Nazatecotlan, fueron indultados el soldado joven y don Lope Barbadillo.

Los demás fueron encerrados en un calabozo.

A la prision, sin embargo, fueron conducidos tambien Barbadillo y el soldado que tan vivas simpatías habia inspirado á Nazatecotlan.

Quería el cacique que viera de cerca el peligro, y que pudiera agradecerle por aquella razon mucho más el beneficio que se proponia dispensarles.

—Los prisioneros,—dijo,—serán conducidos al templo, degollados y quemados en el ora. Sus cabezas las depositamos en la playa, para que las vean sus compañeros y se horroricen.

El sacrificio debia verificarse al dia siguiente, cuando los espías anunciaron que habia notado mucho movimiento en las embarcaciones, y todo anunciaba una próxima invasion de los extranjeros.

Para atemorizarlos no habia mejor medio que el que habia ideado Nazatecotlan.

¡Qué noche tan horrible pasaron los ocho españoles, aguardando por momentos que llegaran los verdugos para conducirlos al suplicio!

—Cuando nos embarcamos,—decia don Luis de Figueroa,—no hubo uno de nosotros que pensara vol-

ver á tierra. Además, los que como nosotros van á conquistar lejanos países, deben estar seguros de hallar la muerte. Pero esta poco debe importarnos; tenemos fé, tenemos religion, y con estas dos virtudes hay valor suficiente para soportar la desgracia.

Animando á sus compañeros pasó la noche, y á la madrugada se quedó dormido.

Los demás hicieron otro tanto.

Sólo el soldado joven estaba despierto.

La idea de la muerte le horrorizaba.

Por la mañana entró uno de los ministros de Nazatecotlan á anunciar á los prisioneros que poco despues irian á sacarles de allí para llevarlos al templo, donde serian inmolados.

Esta noticia les consternó.

—¡Animo!—dijo Figueroa.—Empleemos el tiempo que nos queda de vida en ponernos bien con Dios por los pecados que hemos cometido.

Pensad en que nuestros hermanos han de vengarnos; demos ejemplo á nuestros enemigos, seamos fuertes; que vean que la muerte no nos intimida, para que adquieran mayor prestigio á sus ojos los españoles, y se dejen conquistar con más facilidad.

Pusiéronse á orar, y poco despues entraron los soldados acompañados de los teopixques y sacerdotes para conducirlos al ara.

—Ya estamos todos dispuestos,—dijo Barbadillo.

—Para tí hay perdón,—exclamó uno de los sacerdotes.

—¿Para mí?

—Sí; para tí y para ese jóven. Nazateotlan es demasiado generoso, y no quiere sacrificar á un niño.

—Pues si mueren mis compañeros, yo he de morir con ellos,—dijo Barbadillo.

Ante esta declaracion hizo una señal el sacerdote á los soldados, los cuales, lanzándose sobre don Lope y sobre el soldado jóven, los sujetaron en tanto que los otros sacaron á los prisioneros y los condujeron al templo.

A pesar de los esfuerzos que hizo Barbadillo para librarse de los indios que le sujetaban, no pudo conseguirlo.

Rendido de luchar con ellos, se dejó caer, y aprovechando aquella circunstancia los que le vigilaban, se alejaron, dejándole encerrado.

Barbadillo estaba furioso.

—No; pues lo que es yo, he de seguir la misma suerte que mis compañeros. En tanto que ellos mueren asados en el ara, yo me romperé la cabeza contra las paredes.

—¡Don Lope! ¡Don Lope!—dijo el soldado jóven, postrándose de hinojos ante él.—La Providencia me ha oído; respetad sus fallos: vos teneis que vivir para mí, porque os necesito.

—¿Qué es lo que estais hablando?

—Oídme por piedad una revelacion que tengo que haceros.



HERNAN CORTÉS.—¿Y tú eres un soldado?—exclamó.—
¿Y tú lloras?

—¿Tú?—dijo don Lope sorprendido.

—Yo, sí.

Instantáneamente cruzó una idea por la imaginación de Barbadillo.

Sus ojos se fijaron en los del jóven, y los encontró llenos de lágrimas.

—¿Y tú eres un soldado?—exclamó.—¿Y tú lloras?

—Yo soy una mujer.

—¿Tú?

—Sí; oid ahora la revelación que voy á haceros, y comprendereis que la Providencia os ha puesto á mi lado, que aun debéis vivir para mí.

El soldado á quien conocían todos sus compañeros con el nombre de Juan Torralba, era, como comprenderán nuestros lectores, la esposa de Hernan Cortés.

Reveló este secreto á Barbadillo, confiándole al mismo tiempo los motivos que le habian impulsado á abandonar la casa de los padres de su esposo, á tomar aquel disfraz, á embarcarse para las Indias y á pedir á don Diego Colon que la alistase en la expedición que iba á emprender Francisco de Garay para buscar á Hernan Cortés.

La narración de las desventuras de Catalina conmovió fuertemente á Barbadillo, y enjugando sus lágrimas:

—Tranquilizaos, señora,—le dijo;—yo ignoro la suerte que me está reservada; pero os juro bajo mi palabra de honor, ayudaros á realizar vuestros designios, á emplear todos los medios que me sugiera

mi imaginacion para obtener que nos perdone la vida el cacique de Panuco.

Apenas terminó este diálogo entre Catalina y Barbadillo, se presentaron dos ministros de Nazatcotlan con orden de llevar á los prisioneros á la presencia de su amo.

Capitulo XLVIII.

Otro prisionero.

Por el camino dijo Barbadillo á Catalina:

—Es necesario que ignore esta gente quién sois, y al mismo tiempo creo oportuno, para justificar la asistencia que desde ahora me ofrezco á prestaros, decir al cacique que sois mi hijo. Mis canas me autorizan para hacer esta declaracion, y será muy bastante para que la crean cierta.

Catalina agradeció en extremo aquella proposicion, y manifestó su gratitud á Barbadillo.

—Calmaos, señora,—dijo éste,—y no dudeis que vuestras sospechas son infundadas. Ya que somos prisioneros del cacique de esta ciudad, haremos lo posible para acercarnos á Méjico y hallar á Hernan Cortés, si es que antes no nos saca de aquí á la fuer-